

Emiliana Miguez

INCURSIÓN AL CONURBANO PROFUNDO

A través de un notable trabajo de diez años, esta fotógrafa retrató la ebullición cotidiana de las barriadas bonaerenses. Con su cámara encuadró las tensiones por la posesión de la tierra. En su muestra propone un recorrido histórico que pone en crisis la legitimidad de un barrio privado por sobre un asentamiento. “Lo que me interesa poner en discusión es la mirada de la gente, la que le ofrece la televisión y luego escuchás en la calle, ésa que legitima una toma y no otra”, plantea.

 NAHUEL LAG EMILIANA MIGUELEZ

Quizás la foto de José Hernández nos esté hablando de quienes, como Fierro, aún esperan a alguien que cante sus desdichas. Unos y otros, los rebeldes y los que no encuentran como serlo, se enfrentan al horizonte infinito de una tierra de la que no son dueños. Eduardo Jozami, director nacional del CCMHC. Texto para la muestra.

Tema: Conurbano. ¿Qué ocurriría si desde la escuela primaria las maestras bonaerenses nos hubiesen dado un tema diferente a "la vaca"? ¿Cómo describiríamos esa porción de tierra que rodea la Ciudad de Buenos Aires —una veintena de partidos— y concentra casi la mitad de la población del país? ¿Cómo explicar ese collage de costumbres, arquitectura, campo, ciudad, barrios privados y villas miseria? Emiliana Miguelez, fotógrafa, cerca de licenciarse en Historia, nació en 1976 en Lomas de Zamora, se crió en Burzaco y pasó su adolescencia en las calles lomenses de Villa Albertina. Tuvo el "impulso vital" de retratar la mutación acelerada que veía en esos barrios de clase trabajadora y cambios amontonados: "Lo torturaba saber qué pronto lo que caminé no estaría concreto en ninguna partícula de su historia", escribió en un cuaderno años atrás. La imagen no podía más que mil palabras. Años después, ya reportera gráfica, la mandaron a hacer una nota sobre La Salada —la gran feria que mueve millones de pesos y personas, millones legales e ilegales— y un vecino la llamó: "Están desalojando a la gente que tomó el Campo Tongui".

Fue, disparó la cámara un centenar de veces, la empresa periodística publicó algunas imágenes —"no las que a mí me hubiesen gustado"—, pero ese día, en ese predio de 100 hectáreas, que se convertiría en la toma más grande del país en las últimas décadas, capturó una foto que llamó "La Conquista", la misma que hasta el 2 de septiembre abre su primera muestra: *Viaje Conurbano*.

"Nunca pensé en montar las fotos para exhibirlas o como la libretita de tapas duras en la que organice el trabajo de forma priva-

"MÁS ALLÁ DE LAS EXPECTATIVAS DE LOS EDITORES Y DE LA LÍNEA EDITORIAL DEL DIARIO, EL RECORTE DE LA REALIDAD ES PERSONAL."

da. Tengo una forma caótica de crear y surgió como una necesidad de ordenar ese caos", sincera Miguelez. Pasaron más de diez años desde la foto que tomó en el túnel peatonal de la estación de trenes de Burzaco a un afiche de estética cumbiera que invitaba a la misa de un pastor evangélico o del click al cartel de campaña de un Duhalde todavía gobernador provincial, todavía con los dedos en V, en la marquesina frente del telo Acapulco, ubicado sobre Camino Negro, a cuadras de Puente La Noria. En 2008, capturó al efectivo de la Bonaerense, casco azul y sobretodo azul, vigilando hectáreas arrasadas por un desalojo violento, mientras dominaba su caballo, que corcoveaba sobre un fondo de fuego, chapas y esqueletos de casillas que no fueron.

Y es que la muestra que reúne más de un década de imágenes y textos de la fotografía del sur se formó de las mismas capas, una sobre otra, de las que está hecho el conurbano, y eso se refleja en el espacio que las cobija en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. "Cada foto tiene un tiempo y un espacio accidental, porque la mayoría de ellas son un recorte de lo que me estaba pasando", indica. Entonces, el tema: *Viaje Conurbano*, se vuelve personal, emotivo, histórico, profesional y urgente.

—¿Cómo surgió este *Viaje...*?

—Desde la adolescencia caminé muchos barrios como Villa Albertina porque fueron lugares sobre los que tenía la impresión de que el proceso de cambio malo o bueno era voraz y constante. Tenía el impulso de fotografiarlo. Lamentablemente, no tengo una manera de organizarme sino que me manejo por un impulso caótico, pero había algo latente en lo que fotografiaba: el territorio. Cuando me di cuenta empecé a ajustar el registro sobre ese tema porque era la identidad y las nociones de pertenencia alrededor de la tenencia de la tierra lo que me interesaba contar.

—Más allá del poder de síntesis de una imagen, es difícil retratar el gran rompecabezas de la identidad del conurbano...

—Mi impulso vital fue el de sentir "esto se está yendo". Observar algo, pasar al otro día y ver que donde había un circo había un baldío. Son espacios que mutan todo el tiempo de manera acelerada. El impulso fue agarrar, arañar algo que estaba desapareciendo. Al leer ese impulso a lo largo del tiempo sentí que el espacio cambiaba, pero siempre lo hacía alrededor de algo: la necesidad básica del territorio. Por eso, en la narración final que intenté darle a las fotos para la muestra me enfoqué ahí.

Miguelez fue la promoción '93 de un bachillerato de Banfield, con orientación en Comunicación, que sólo duró unos pocos años más, y donde la cooperativa de docentes y psicólogos sociales proponía una currícula con talleres de imagen, video, fotografía y periodismo. Primero, segundo y tercer año América latina era el eje en Biología, Geografía e Historia. Siempre atraída por la imagen, Historia fue la carrera que comenzó en la universidad, después de un viaje por la ruta maya —Honduras, Guatemala, México—. En paralelo, comenzó la carrera en la Escuela de Fotografía de Avellaneda (Edaf), que luego abandonó para hacer talleres, y cerró la etapa con fotoperiodismo en TEA. Historia y fotografía, esa es la cuestión. "La imagen siempre me atrajo, mientras que con la carrera de historia siempre dudé de cómo insertarme, sobre todo desde el campo académico, donde corrés el peligro de producir información para la misma academia. Siempre me gustó estar más en la calle que en la biblioteca. Me interesa salir a buscar los procesos históricos, los momentos en los que vivo, lo que me está pasando a mí como elemento de esta época".

En el *Viaje...* que propone Miguelez la perspectiva territorio-imágenes-historia es fundamental y "La Conquista" —nombre que también lleva el primer capítulo de la muestra— dialoga entre los desalojos policiales, la construcción de un barrio privado que lleva el nombre "Campos de Roca" y un mural que retrata a los gauchos en la campaña de "La conquista del desierto" sobre la misma pared de la que cuelga un retrato de José Hernández —autor del *Martín Fierro*— en un salón de baile de Avellaneda. Las imágenes no están montadas de forma contigua sino que se intercalan: "Son herramientas simbólicas para reflexionar sobre las diferentes formas de ocupación de la tierra que es un problema que ocurre desde hace cien años, continúa ahora y seguirá en el futuro".

—¿Qué relación encontrás entre las imágenes de José Hernández, los desalojos policiales y los barrios privados?

—En la muestra trazo una línea histórica entre las ocupaciones de hoy y las campañas de conquista del siglo XIX. ¿Hace doscientos años de quién eran esas tierras? ¿Quién hizo que fueran de quienes hoy las poseen? ¿Quién dice que es más legítimo que el dueño sea el familiar de alguien que hace doscientos años fue con un caballo y un arma que alguien que hoy necesita la tierra para vivir? Si uno recorre el proceso histórico que tiene la asignación de tierras por parte del Estado nacional —en gran medida por la fuerza y repartida entre los sectores de poder— también puede poner en tela de juicio quiénes son los dueños de la tierra.

—De todas maneras en la muestra esa línea de interpretación aparece difusa, mezclada entre otras lecturas posibles, otras imágenes...

—No hay un mensaje unívoco, no lo pensé así, no entiendo así la manera de mirar. Cuando me acercó a una muestra o leo un diario si encuentro un mensaje unilateral trato de desarticularlo e intento lo mismo al construir mi narración. Lo que intento es dar algunas herramientas con coherencia para hablar del territorio y las diferentes legitimidades entorno a su abordaje.

"SI UNO RECORRE EL PROCESO HISTÓRICO QUE TIENE LA ASIGNACIÓN DE TIERRAS POR PARTE DEL ESTADO —EN GRAN MEDIDA POR LA FUERZA Y REPARTIDA ENTRE LOS SECTORES DE PODER— PUEDE PONER EN TELA DE JUICIO QUIÉNES SON SUS DUEÑOS".

—¿Cuáles serían esas legitimidades?

—Dock Sud y la Isla Maciel son otros dos barrios que caminé mucho. Allí tomé una imagen, que quedó fuera de la exposición, de cómo una empresa de logística cerró el paso de una calle para uso propio con solo una barrera. El Ejecutivo local aprobó el permiso y nadie se quejó. Sin embargo, cuando un grupo de personas toma una porción de tierras que durante 50 años nadie usó más que como basural, la mirada social y mediática sobre el hecho es de condena. Uno creería que es mucho más loable que alguien tome una tierra para vivir que para hacer negocios.

La mirada de la tierra como necesidad o negocio aparece al contraponer, por ejemplo, la imagen de un león de mármol que cuida, descansa, vigila desde el jardín de un barrio privado y la mirada perdida de una mujer, con su bebé en brazos, echada en el pasto sobre la lona estacada que intenta transformarse en la parcela donde construir un techo. Pero no se muestra la acción de tomar la tierra ni la de encerrarse tras cuatro murallas. ¿Entonces? La interpretación es libre y de repente aparece una foto tomada después de aquella nevada histórica del 9 de julio de 2007. Una garita de seguridad de madera: sola, blanca, en medio de un campo abierto entre las calles de Villa Celina. “¿Cuidamos hasta lo que no usamos? ¿De quién lo estamos cuidando? ¿De quiénes nos cuidamos?”, deja otra interpretación la reportera gráfica.

Ella sale a la calle con su cámara desde adolescente. Uno de sus primeros ensayos fotográficos fue sobre la estación de trenes Constitución, lo que le abrió el camino profesional al publicar esa serie en la revista de la Universidad de Lomas de Zamora *Gran Buenos Aires Gran* —dos imágenes de ese ensayo también participarían en la muestra colectiva *Fotografía Callejera*, en el Centro Recoleta—. Lue-

go ingresó a los zonales del diario *Clarín* y más tarde quedó como fotógrafa estable del matutino. Gran parte de las fotos que integran la muestra fueron tomadas por Miguez durante coberturas diarias, porque nunca perdió el foco de aquello que “latía” en el proyecto conurbano.

“Cuando estoy en la calle, yo genero el material, soy mi filtro. Más allá de las expectativas de los editores y de la línea editorial del diario, más allá de lo que se vaya a publicar o no, la libertad de estar en la calle es del fotógrafo y el recorte de la realidad es personal. Ya perdí mis expectativas sobre los medios de comunicación, pero estar todos los días en la calle me hace seguir trabajando en esto”, resume su ética. Esa mirada propia le permitió hacer tomas durante coberturas mediáticas que cargan con una poética bien distinta de la foto de la realidad creada por los medios. “Ninguna imagen puede evitar el contexto en el que es publicada: el diario, el título, la bajada”, lamenta.

—En *Viaje...* no aparece el conurbano violento, el cordón que es “tierra de nadie” sino que aparece otro tipo de violencia, la del abandono, la ausencia y el despojo. Predominan los tonos grises, retratos de soledad...

—Cuando en el diario me asignan una nota, generalmente, la situación ya explotó y se va a tomar imágenes de eso. En esas capturas, la violencia es de los que tienen el agua hasta el cuello, pero no se ve cómo el agua fue subiendo. En la foto de la explosión social, la necesidad básica no aparece. La necesidad sobre la tierra va a estar siempre presente y será una cuenta pendiente a menos que ocurran cambios trascendentales. Por eso, lo que me interesa poner en discusión es la mirada de la gente, la que le ofrece la televisión y luego escuchás en la calle, esa que legitima una toma y no otra. ♦



En el *Viaje...* que propone Miguez la perspectiva territorio-imágenes-historia es fundamental.

Retazos

Este proyecto de fuerte impronta personal también le permitió plasmar a Miguez retazos que constituyen la identidad del conurbano: un caballo gris en el desolado balneario de Punta Lara, que supo ser la atracción de las familias trabajadoras; el avión Electra 5-T-3 que descansaba en un galpón de chatarra en Camino de Cintura hasta que la investigación sobre los crímenes cometidos durante la última dictadura revelaron que fue parte de la escuadrilla de los vuelos de la muerte; o el juego de té y el libro de Evita en el despacho del ex intendente de Lanús Manuel Quindimil.

¿Dónde?

La muestra —curada por Cristina Fraire— puede visitarse hasta el 2 de septiembre en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti (CCMHC) espacio que para la artista “termina de darle el sentido a la narración de la obra”. Para ella, “es la última foto”. Es que la exposición comparte la mirada del Conti “enmarcada en una política cultural de derechos humanos”, considera. “No me interesaría montar la muestra en un espacio que solo pertenezca al mercado del arte”. Por eso, también puede verse en camaraoscura.com.ar.